

EVOCACIÓN DE MIS SEMANAS SANTAS

Me piden que escriba algo sobre la Semana Santa de Andorra en colaboración con la revista CIERZO. Difícilmente podría decir nada coherente, puesto que hace muchos años que me fui de Andorra. En esas fechas se cuentan más ausencias que presencias. Con doce años, como un pájaro alegre con ganas de volar que abandona el nido, dejé mi casa y mi pueblo, buscando otros horizontes en alas de libertad...; y el primer vuelo fue muy largo: Alcorisa y Zaragoza, Francia y Bélgica y de nuevo Francia, para al fin, colgar mis estudios eclesiásticos durante un curso de reflexión en la Ciudad Condal. Me casé y abandoné definitivamente el pueblo...

Sin embargo, desde la ausencia, llamo a los espíritus andorranos de mi infancia para que me traigan recuerdos y vivencias de las Semanas Santas vividas en Andorra. Mi memoria tiene que retroceder más de sesenta años. Una memoria muy vieja y poco fiable. Pero, si, transcurridos tantos años, olvido detalles concretos de tiempos y lugares, la imaginación añadirá matices, borrará la página del tiempo y sacará a la luz la huella emocional que marcó mi alma de niño para siempre. Con cinco años me hice monaguillo y participaba asiduamente en todas las celebraciones religiosas de la parroquia. Por eso mi vieja memoria puede fallar, pero los sentimientos que brotan con las evocaciones de mis Semanas Santas están muy presentes y muy vivos. Mis recuerdos están compuestos —como un mosaico— de muchas piezas. Es un rompecabezas difícil de completar; algunas partes son nítidas: otras aparecen amontonadas, difusas, borrosas y todas pretenden representar los recuerdos más importantes de aquellos primeros años.

La primera estampa de la Semana Santa es oscura, dramática, casi lúgubre. En horas vespertinas, durante tres días, la iglesia se transformaba en un gran teatro. Los bancos alineados en las paredes laterales dejaban la nave central del templo completamente libre, donde se ponía en escena el misterio de la pasión y muerte de Jesús. Nada que ver con los espectáculos grandiosos, al aire libre o en grandes teatros, de tantos pueblos de la geografía española. Era otra cosa. Se parecía más a un auto sacramental de la Edad Media. No importaban los actores, sino la realidad cuasisacramental de una paraliturgia. Hombres y mujeres del pueblo, mayores a mis ojos de niño, vestidos con ropa talar oscura, sin adornos inútiles, eran el signo que actualizaba el recuerdo del misterio de la Pasión. Allí, en la penumbra del templo, al eco de las palabras bíblicas que resonaban potentes, el «tío» Casero, con su aspecto menudo y frágil, hacía visible el terrible drama del Hijo del Hombre con aspecto de guano, que iba a derramar su sangre. Era su destino. Dios así lo quería... El recuerdo visual de estos triduos es vago e impreciso, pero todavía hoy me sobrecoge.

Me invade una sensación similar a la de la «Noche de las Ánimas», por Todos los Santos. La muerte, en mi mente de niño, estaba presente...

Como una foto vieja perdida en un cajón, que va difuminándose en sepia, me viene Longinos a la memoria. Estremecedor... sería el adjetivo más apropiado para recordar al «tío» Botero, tremendo y majestuoso en su traje de centurión con coraza dorada y yelmo de crines muy rojas. Cuando, en el silencio de la iglesia abarrotada de gente, la punta de su lanza elevada por encima de los hombros, amenazadora, apuntaba al corazón del misterio del amor, el tío Botero me parecía una estatua clavada en el suelo... Ni un solo movimiento. No temblaban sus brazos, no parpadeaban sus ojos. Diríase que no respiraba. Por su prestancia, me recordaba a los héroes de las películas de romanos de aquellos años. Una vez más el Cielo le marca el camino de la tragedia al hombre. El camino de la sangre. Como soldado, Longinos no puede abandonar su puesto ni puede dejar de lado su misión: *vigilar que se cumpla la voluntad de Pilatos, que el reo muera. El centurión dio el golpe de gracia, atravesando con su lanza el corazón de Jesús. Era su destino. El costado abierto lo llevó a la fe: «Verdaderamente Este era hijo de Dios».*

Entre los pasos que desfilan en las procesiones, sólo algunos conservo en mi corazón:

Mención especial merece **la Procesión del Encuentro**. La tarde del Martes Santo. María abandonaba la iglesia sola. Cuando la arrimaban al rincón de la plaza del Ayunta-

miento en actitud de espera, bajo el balcón de José Adán, hacía su aparición el hijo, el Cordero de Dios. Yo miraba el paso de Jesús y miraba a su madre. Sus miradas cruzadas eran más elocuentes que las potentes y atronadoras palabras del fraile orador contratado cada año para magnificar ese momento de dolor. «*Míralo, Madre, —decía el fraile— cómo te lo hemos dejado...*». Con lenguaje pomposo y teatral iba desgranando su sermón. Yo estaba asustado, aunque a Mosén Carmelo le pareciese indiferencia y distracción. No entendía tanto sufrimiento, no soportaba el dolor de una madre ante su hijo maltratado y conducido al Calvario... a la muerte.

El paso del «**Arrañagatos**» todavía hoy me hace sonreír: Pilatos exponiendo al Ecce Homo. Ocasiones tuve de ver las imágenes antes de prepararlas para la procesión. Por piernas, unas patas de madera. Desnudos movían al comentario jocoso, cuando no a la burla, vestidos recobraban toda su dignidad: Jesús, destrozado, frente a sus paisanos que pedían su muerte. Pilatos, justificando su sentencia a muerte, lavándose las manos en el aguamanil.

Jesús atado u la columna, «**El Melero**»: Parece ser que el Tío Puch, dedicado al corte de los vasos de miel, estaba relacionado con el paso. De ahí el sobrenombre de «**El Melero**». Del Jesús atado a la columna tengo un recuerdo muy especial. Cada año, un cofrade guardaba «**El Santo**» en su domicilio hasta la próxima Semana Santa. A mis padres también les tocó la misma suerte, pues pertenecían a la cofradía. En el salón «de arriba» dormíamos los dos, la imagen, cubierta por una sábana, arriada a un rincón, velaba mis sueños: yo en la cama grande. Nunca tuve miedo. Es de las imágenes que más me gustan. Pequeño, frágil, de una finura casi femenina. La piel blanca, marcada por el látigo, no pierde la suavidad. La cara refleja dolor por el duro castigo recibido, pero sin crispación. Hay una paz en su mirada que me hace estremecer, me mueve a la compasión y a pedir perdón.

En estos tiempos, «**La Rompidu**» es espectacular. La plaza del Regallo se va llenando de gente madrugadora para pillar sitio. Los tambores y bombos van ocupando espacios escasos en la plaza. Con tambor y sin tambor, todos expectantes, y un cosquilleo especial en las manos impacientes; miradas que van del reloj al balcón. Los más nerviosos rozan con los palillos la piel de su tambor sembrando el aire con estrellitas sonoras que repican suavemente. Suena el clarín. Las doce... Se desata la furia, el estruendo de miles de pieles, al golpe de mazas y palillos, se eleva al cielo y lo llena todo. Las cuadrillas redoblan con energía en dura competición por sonar más fuerte, por redoblar mejor. Las gargantas, ahogadas por el fragor de bombos y tambores, están mudas. Se impone el silencio, un gesto, una mirada para saludar al amigo. Es la hora del tambor.

Qué distintas las rompidas en aquellos años de mi niñez. Éramos pocos los que acudíamos a la plaza de la iglesia. Pocos, pero embargados por la emoción previa al romper de los tambores. Tenía la sensación de estar llamando la atención de los hombres: Cristo va a morir. Era la voz de los muertos, que, desde los infiernos, gritaban: «*Cristo, ven a sacarnos de este mundo de sombras*». Y empezaba la ronda por las calles del pueblo. Romper la hora para mí fue como un rito de iniciación, de niño a chico mayor. Como los mayores, suspendíamos la ronda tamboril para almorzar. Con sardinas en conserva y tortas celebrábamos nuestras «juergas». La abstinencia no nos obligaba a los menores, pero las madres eran más celosas de las normas que la propia Iglesia. Eran otros tiempos.

El Monumento. En un desierto de sombras y tristeza emerge un oasis de luz y de esperanza. Un lujo de luces, de cirios encendidos y de flores enmarcando el sagrario con el cuerpo de Cristo: El Monumento. Era un goteo constante de mujeres que acudían a hacer su vela. Me recuerdan a las mujeres piadosas del Calvario que lloraban compadecidas del Nazareno con su cruz a cuestas. Parece ser que todas las calles del pueblo conducían a la iglesia, y varias veces en la noche recalábamos en ella para descansar y rezar un poquito. Era el preludio de la subida a San Macario con el tambor: **El Cristo de los tambores** todavía era futuro.

El recuerdo más intenso corresponde a la procesión larga del Viernes Santo, un día con significado total de la



Banda de Penitentes de Andorra antes de 1960.

Pasión, salían todos los pasos: y entre todos los pasos, uno muy particular, el **Santo Entierro**, cerrando el desfile de las imágenes sagradas. La guardia civil escoltando el féretro me asustaba. No entendía que fueran los civiles la escolta del Cristo muerto, era más lógica la presencia de los penitentes romanos, obligados a vigilar el cadáver, para que nadie pudiera hacerlo desaparecer. Eran otros tiempos. Me gustaba el sonar de las trompetas, y el cornetín, con sus solos agudos, era un lamento en la noche. Un largo lamento que se metía en mi alma de niño. La banda municipal cerraba el cortejo con música de algún réquiem solemne: iba derramando tristeza y duelo. Todo había terminado. Tuve ocasión de verlo muchas veces en su capilla de la iglesia. En su cama, parecía dormido, pero yo, en mi ignorancia, percibía una energía en el interior de la imagen. En un momento aquella imagen tendida en su féretro podía despertar, hacer algún gesto que evidenciase que estaba vivo, una sonrisa, un pestañeo, una palabra de vida. Yo quería creer en la resurrección... Cristo en su cama de cristal parecía dormido, pero estaba vivo.

El Sábado Santo, la procesión de **la Soledad** cerraba la cadena de los actos luctuosos y dramáticos. Los tambores se guardaban. Todo había terminado, sólo quedaba en el aire la promesa de Jesús: «*Destruíd Este Templo... y yo lo levantaré en tres días*». Yo, claro está no entendía el sentido profundo del misterio de Salvación. Sin embargo, esperaba, esperaba algo. Esperaba impaciente la Vigilia Pascual como una liberación. Todo volvería a ser como antes. Volvería a escucharse la música alegre, abrirían los cines y el baile, silenciados durante toda la semana, (como digo, eran otros tiempos). Hombres y mujeres lucirían sus mejores paños para asistir a la misa de media noche y la misa mayor del Domingo de Pascua.

La Vigilia no parecía noche. La iglesia, iluminada y profusamente adornada, invitaba a la fiesta. Los paños negros que cubrían las imágenes de santos y santas caían. Parecía que todos estrenábamos algo, ganas de hablar, de participar, muchas ganas de vivir. Yo esperaba alborozado el momento de la consagración. Los monaguillos agitábamos con energía las campanillas, que enterraban con su alegre canto el rumor sordo de carradas y matracas. Luz, cantos corales, música y campanillas gozosas anunciaban la resurrección de Cristo. Era un mundo nuevo, una vida nueva...

Pero siempre pensé que faltaba una imagen, el paso del Resucitado, colofón de tanto dolor vivido en las procesiones de La Semana Santa. Como si El Misterio de Salvación fuese sólo dolor y muerte. Muchos años después descubrí que en otro lugares sí existe la tradición del paso de Cristo resucitado. Fue en Doña Mentía, un hermoso pueblo blanco cordobés, la primera vez que vi paseando la imagen del Resucitado por las calles del pueblo. Clamorosas, las trompetas de los niños legionarios anunciaban la victoria de Cristo sobre la muerte. Así cobra sentido completo la celebración de la Semana Santa. «*¡Muerte, dónde está tu aguijón...! El Dios de la vida, El Cristo resucitado, te ha vencido*». Solamente así entendemos las palabras de San Pablo: «*Si Cristo no ha resucitado, nuestra fe no vale nada*». Por eso, si morimos con Él, resucitaremos con Él. La muerte no es el final. Jesús es la vida.

TESTIMONIOS HISTÓRICOS DE LA PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS

La cruz no es igual que la «cuna». Si sobre la «cuna» se cierne la duda de su historicidad, la cruz marca esencialmente la veracidad terriblemente histórica del suceso. Con una gran variedad de fuentes cristianas y no cristianas, (judías y romanas), podemos confirmar el hecho histórico de la ejecución en cruz de Jesús de Nazaret. Lo que no resulta tan evidente son las causas de la condena y los responsables de ella. ¿Fueron causas políticas o religiosas, o una mezcla de ambas? ¿Respondían a la realidad de los hechos protagonizados por Jesús? ¿Fueron responsables las autoridades judías o las romanas, o ambas a la vez? Aunque será siempre difícil la búsqueda histórica y hay que contar con limitaciones, es cierto que podemos deducir algunas conclusiones hoy aceptadas por casi todos.

Las causas: Jesús considerado como amenaza contra los intereses económico-político-teológicos de la clase dirigente que representaba los intereses de la nación, y la concesión, por connivencia, de los romanos (Poncio Pilato) hacia esa clase.

Los responsables: la clase dirigente saducea que regía la vida oficial, política, económica y teológica de la nación judía.

A diferencia de lo que ocurre con la mayoría de las noticias sobre la vida de Jesús aportadas por los evangelios, la que se refiere a su trágico fin —condenado a muerte de cruz— encuentra sólida confirmación en documentos no cristianos. El historiador judío Flavio Josefa, a finales del siglo I, escribe en su historia del pueblo judío que «Pilato condenó a morir en cruz por instigación de las autoridades de nuestro pueblo». (Antigüedades Judías 18,63). También hasta el romano Tácito ha llegado la noticia de que Cristo «fue ejecutado bajo Tiberio por el gobernador Poncio Pilato» y así lo refleja en sus «Anales» escritos en tomo al año 116 d.C. Incluso un texto bastante confuso del Talmud, de muy dudoso valor histórico, hace referencia a que Jesús «fue colgado», alusión, sin duda, al tipo de ejecución representado por la crucifixión, a pesar de que pocas líneas antes se anuncia la lapidación para ese Jesús, acusado de seducir a Israel.

Ante el testimonio coincidente de las fuentes, aparece como un dato históricamente cierto que Jesús fue condenado a muerte y ejecutado en la cruz cuando Poncio Pilato era prefecto de Judea.

Respecto a la cronología, es seguro que Jesús murió un viernes. Según los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), ese viernes era el día de la Pascua (El 15 del mes de Nisán), mientras que el 4.º Evangelio (El de Juan) afirma que era la víspera de Pascua y por tanto el 14 de Nisán. Los investigadores no se ponen de acuerdo sobre la fecha exacta. También existen dudas sobre el año exacto de la muerte, si bien se puede calcular que los años en que cayó en viernes el 14 de Nisán fueron el año 27 y el 34 o el 15 de Nisán el año 30 ó 33 d.C. De todas maneras también desconocemos si el resultado del cálculo astronómico moderno coincide con el del cómputo no científico que se hacía en la época. Como fechas extremas de la muerte de Jesús se señalan los años 27 y 34; muchos investigadores consideran probable que ocurriera el año 30 d.C.

Por lo que se refiere al lugar de los hechos, sabemos que ocurrieron en Jerusalén y su entorno inmediato. Los problemas surgen cuando se quiere determinar el emplazamiento exacto de los escenarios dentro de la geografía urbana.

La identificación del lugar del prendimiento no ofrece dificultades: ocurrió fuera de la ciudad, en el lugar llamado Getsemaní, al otro lado del torrente Cedrón, al pie o en la parte baja de la ladera del Monte de los Olivos; por tanto, en el sitio venerado por la tradición desde antiguo o muy próximo a él.

Desde Getsemaní Jesús fue conducido dentro de la ciudad ante el sumo sacerdote o ante Anás y luego ante



Bella imagen del Nazareno.

Caifás, pero se ignora donde estaban situadas las residencias de estos personajes. Por la mañana le llevaron ante Poncio Pilato. Tradicionalmente se ha mirado la fortaleza Antonia, situada en el ángulo noroeste de la explanada del templo, como al lugar donde tuvo lugar la comparecencia ante Pilato. Más probable, sin embargo, es que sucediera en el palacio de Herodes, en la parte occidental de la ciudad, donde los gobernadores romanos residían cuando iban a Jerusalén. Una vez dictada sentencia, fue conducido al lugar de la ejecución, el Gólgota, una elevación de terreno situada fuera de las murallas. La localización tradicional, es el lugar donde fue construida la basílica del Santo Sepulcro y así lo apoyan las excavaciones arqueológicas.

Conclusión: Las incertidumbres históricas sobre tantos detalles de la pasión y muerte de Jesús pueden producir una cierta decepción. Pero no se ha de pedir a la investigación histórica más de lo que puede dar. Lo que no quiere decir que no haya más de lo que la investigación es capaz de aportar. Ésta tiene sus métodos y ateniéndose a ellos, alcanza, con más o menos certeza, en la mayoría de los casos sólo en grado de probabilidad, un aspecto de la verdad sobre Jesús. Ofrece, pues, una visión muy parcial, aunque imprescindible. Es también una visión limitada debido a la escasez de fuentes y a la naturaleza de esas fuentes, los evangelios. De todos modos, la investigación permite alcanzar un conocimiento bastante sólido de los principales sucesos referidos a la detención, condena y crucifixión de Jesús de Nazaret.

La resurrección de Jesús nunca ha dejado de ser un acontecimiento importante en la investigación del Nuevo Testamento. Esta búsqueda de comprensión del elemento central de la fe cristiana ha pasado por diversas fases a lo largo de la historia, dirigiendo su atención principalmente a los relatos del sepulcro vacío y a los de las apariciones del Resucitado. Realizar una investigación histórica sobre la resurrección de Jesús es para muchos una empresa abocada al fracaso; otros piensan que al menos podemos acercarnos tímidamente a un acontecimiento que va más allá de lo que podemos experimentar, pero que afecta vitalmente al creyente.

Abordar los testimonios de la resurrección de Jesús desde una perspectiva histórica parece que no sea una ta-

rea fácil. La dificultad es tanta que algunos autores afirman que de la vida de Jesús sólo podemos conocer (y a veces muy modestamente) los datos históricos que nos llevan hasta el momento de su muerte en la cruz y la sepultura de su cadáver en la tumba.

Sin embargo, nos encontramos ante un acontecimiento clave: sin la resurrección no se habría producido el anuncio del Evangelio, ni habría existido el Nuevo Testamento. Es precisamente en él donde encontramos la importancia de la resurrección de Jesús: es central en la confesión de la fe cristiana. Y es también algo vital, que afecta a la existencia de los creyentes. Baste recordar el caso del apóstol Pablo, que no entiende su vida sino desde el acontecimiento pascual, que es salvífico y que por ello afecta a la vida concreta del individuo, y desde ahí a toda la humanidad y a toda la creación.

Los datos históricos previos que podemos establecer desde la muerte de Jesús en la cruz a la resurrección se pueden resumir brevemente: los discípulos habían huido tras el arresto de Jesús; parece que sólo algunas mujeres quedaron mirando desde lejos la crucifixión. A partir de este momento todo lo que podemos decir comienza a impregnarse de la fe pascual. Evidentemente no hay duda de la muerte de Jesús en la cruz, ni tampoco del enterramiento de su cadáver, porque son hechos tan normales y cotidianos que nadie puede ponerlos en duda.

Lo que no podemos establecer con tanta evidencia es que todo sucediera tal y como lo cuentan los textos evangélicos, porque no podemos olvidar que lo que nos dicen está escrito con posterioridad a los sucesos que narran, y que cada texto evangélico tiene su propio interés teológico, que determina lo que se dice y cómo se dice. Sobre este trasfondo, más o menos histórico, se destaca la proclamación de los discípulos: Jesús ha resucitado y ellos lo han visto. Afirman que su sepulcro está vacío y que a ellos se les ha manifestado vivo y glorioso. Lo acontecido desde la huida de los discípulos hasta que estos anuncian la resurrección, es lo que se llama «acontecimiento pascual».

Los relatos evangélicos sobre las apariciones del Resucitado son un elemento muy importante en la investigación sobre la resurrección de Jesús. Cuando hablamos de apariciones deberíamos dejar a un lado todo lo que evoque fantasmas, ultratumba y otros elementos parecidos. Los evangelios hablan de que Jesús se manifiesta, se muestra, se aparece a determinadas personas.

Los relatos de las apariciones se resumen en dos bloques: la primera aparición a María Magdalena, o a las tres mujeres (incluida María Magdalena) y a los dos discípulos de Emaús. El segundo bloque sería el formado por las apariciones colectivas a los discípulos incluyendo su envío o misión universal. En estos relatos se dan unos elementos comunes que intentan llevarnos al Resucitado y subrayando que la existencia de Jesús es radicalmente nueva y distinta. Así vemos cómo las personas a las que se aparece Jesús tardan en darse cuenta de que es él, incluso el miedo o la duda no están ausentes; sólo cuando son capaces de entrar en esa nueva dimensión del Resucitado se produce en ellos la alegría y la paz y el reconocimiento de la persona de Jesús.

Conclusión: Tanto los diferentes relatos evangélicos sobre la resurrección de Jesús como el testimonio de Pablo en 1.ª Cor. 15, 3-5 y la clara transformación de la vida de los primeros seguidores viene a mostrarnos que los primeros cristianos estaban convencidos de que el Jesús terreno y crucificado es el mismo que el Cristo resucitado y glorificado. Y quisieron, y seguimos queriendo, llevar, en la fe, a los hombres hasta aquel que vive y actúa en ellos.

¡BENDITA CONTRADICCIÓN!



Familia de cofrades del Melero.

Recibo, incrédulo, la invitación de mano de mi buen amigo José Ángel de acercaros, a todos, a mi visión personal sobre la Semana Santa andorrana y lo primero que me viene a la mente son dos instantáneas simultáneas, mi Paso y mi Bombo.

Desde que tengo uso de la razón que me acompaña, no soy capaz de recordar una sola Semana Santa sin «vestirme» en el Paso que mi Familia, los Abellanes, comparte con los Mansicos, los Barrenas, los Rodilla y los Ciriacos (pido perdón si omito, involuntariamente, alguna), «La Cofradía de Jesús atado a la columna». Desde aquellas primeras procesiones en las que introducíamos, como algo novedoso, los Copetes de los niños pequeños, pasando por las ocasiones en las que hemos acompañado al Santo vestida mi prima Cuca de Samaritana, hasta el momento de desfilar con nuestros hijos de la mano y de conducir la peana como exponente máximo de madurez, siempre he asistido, cuando mis compromisos laborales así me lo han permitido, a las procesiones del Jueves y del Viernes Santo. El ambiente familiar en el que hemos crecido ha sido determinante, al igual que en el que se desenvuelven mis hijos será propicio para que sigan con la tradición de procesionar a las bellas Imágenes que en su día nuestros predecesores adquirieron. Y aunque mi madre siempre ha tratado, ingenuamente, de dirigirnos a todos sus hijos, los tres, en el camino de la espiritualidad católica, no todos hemos sido capaces de acatar sus deseos. Y desde el respeto, la distancia y la libertad de decidir, vemos estas figuras de escayola, que tantos años han pernoctado en la falsa de casa de mis padres, con otros ojos que nuestros ascendientes. El afecto, el cariño, la «devoción» entendida desde la aconfesionalidad y la nostalgia, la misma. Bendita contradicción.

Resido desde hace ya más de veintitrés años en la ciudad extremeña de Mérida. Aunque su Semana Santa haya sido catalogada como una de las más entrañables manifestaciones en las que se

combinan con majestuosidad la monumentalidad de una Ciudad Patrimonio de la Humanidad y de unas Cofradías antiquísimas, al que suscribe nunca le ha llamado la atención el participar activamente en sus largas Procesiones. Y cuando he presenciado, con agrado, estas manifestaciones, mi corazón, mi ilusión y mi deseo estaban, lejos, muy lejos de aquí, en mi querida y añorada Andorra; sí, la de Teruel.

No conozco otra manifestación igual, quizás desde el desconocimiento más absoluto, en la que de la mano, fraternalmente, creyentes y no creyentes tratemos de exaltar una tradición, indiscutiblemente religiosa, para ser catalogada de Interés Turístico Nacional. Y quizás, quien sabe, esa entrañable «comunidad» entre los dos polos diametralmente opuestos el resto del año, sea la que permita la Grandeza y Brillantez de nuestra peculiar Semana Santa. Bendita contradicción.

Mis conocidos extremeños, observan incrédulos las fotografías en las que aparezco acompañando a Nuestro Señor atado a la Columna, perfectamente ataviado para la ocasión y mostrando mi más absoluta satisfacción por hacerlo. Recuerdo como al principio trataba de explicarles el porqué de esta controversia, argumentando que si se trataban de Cofradías familiares, que lo son o que lo eran, que si la vinculación con la Iglesia era relativa, que sí..., que sí..., Bendita contradicción.

Una de las sensaciones más maravillosas que he podido experimentar y que me gustaría transmitir mediante estas líneas fue el día en que cuatro generaciones de «Abellanes» de mi arraigo (algunos de adopción como el bueno de mi padre o mi querida abuela) contemplaban, unos y acompañábamos, otros, el Paso a su paso por la puerta de la casa en la que hemos crecido: mi abuela Agustina, devota, a su manera, de su Cristo donde las hubiera, en el ventana derecha del comedor; mi madre y mi padre, en la puerta; mis hijos en la fila de la izquierda; un servidor empujando la peana. No soy creyente y aun ahora, se erizan los pelos de mis brazos recordando aquella bonita estampa. Bendita contradicción.

La otra imagen que os comentaba al inicio, era la de mi BOMBO que me «aguarda» hasta la mañana del Jueves Santo en el corral de mi abuela. Pirograbado con maestría, como todo lo que hacían las manos de mi madre, reza la fecha de su adquisición allá por la Semana Santa del año de 1981, después de «jubilar» aquellos tambores estridentes que aún hoy siguen haciendo las delicias de los más pequeños de la familia y que no osamos procesionar por aquello del qué dirán, si los comparamos con la música celestial que emana de los nuevos tambores sólo con dejar los palillos encima de su transparente piel. Todos los años, como manda el ritual, la mañana del Jueves Santo se tensan sus recias cuerdas para que no se produzca daño alguno en su desgastada piel. Fruto de una juventud que se pierde, irremediablemente, restos de sangre derramada de unos nudillos cansados en el amanecer del Viernes Santo cuando varios «parranderos», los de siempre, tratábamos de mantener abiertos nuestros adormecidos parpados, después de haber devorado aquella conserva que la Santa Madre Iglesia prohibía comer por aquello de no probar la carne

en tan señalada fecha y después de haber pasado «en vela» toda la noche. La Rompida de la hora, la emotiva subida a San Macario a las cinco de la mañana (luego adelantada a las dos por aquello de popularizar el acto), la salida y bajada a hombros del Cristo de los Tambores, el recorrido por la «carretera», hoy avenida San Jorge, haciendo la obligatoria parada en todos y cada uno de los bares de rigor, las procesiones, etc., etc., ... fotografías que se agolpan en mi mente a una rapidez trepidante.

Y un buen año, descubres que aquellos que siempre habían tenido en «la Palillera» el exponente máximo de habilidad frente al tambor y al Bombo, incentivados bien es cierto, por alguien a quién quizás nunca agradeceremos bastante su dedicación y su disponibilidad por difundir la Cultura con letras mayúsculas, se agrupan organizadamente en una Cuadrilla de magníficos tamborileros, tan dignos como el que más, haciéndote comprender que «nunca es tarde si la dicha es buena». Vaya mi admiración por todos vosotros.

Y cuando todo parece acabar, descubres quizás, uno de los momentos más entrañables. Durante muchos años, mis compromisos laborales no me permitieron disfrutar del Sábado Santo en mi querido pueblo y lo utilizaba para retornar a mi Extremadura del alma. Quiso el destino que un buen año, no muy lejano por cierto, pudiera acompañar a la Procesión del Sábado Santo con mi Bombo. Al terminar, esperando que cada uno marchara para su casa con más o menos rapidez, pude descubrir cómo se «despedía» a la Semana Santa Andorrana. Los congregados en la plaza de la Iglesia, como en un Pacto de estruendo, permanecen «aporreando» armoniosamente sus Tambores y sus Bombos y parece transmitirse el sentimiento mutuo de querer detener el tiempo, ingenuamente, para poder, eternamente, seguir tocando en nuestras raíces más profundas. Y el tiempo corre, el sonido permanece y las pulsaciones de los miles de corazones se fusionan. Transcurre una eternidad magnánima. Al unísono, como no podía ser de otra forma, el sonido se detiene y un sentimiento de liberación asciende hacia ese cielo que observa, perplejo, semejante manifestación. Y el silencio se apodera de todo.

No me gustaría cerrar el texto sin agradecer la generosidad de haberme permitido compartir este pequeño trozo de mí. Gracias.

Igualmente, gracias a todos vosotros por permitirme haberos robado un poco de vuestro tiempo en leer algo que he tratado de escribir desde lo más profundo de mi corazón. Gracias.

Albino García Abellán



Jóvenes tamborileros andorranos.

SEMANA SANTA ANDORRANA

Marzo... Abril... Semana Santa.

Nuevamente vislumbramos cercanas esas fechas que tanta singularidad otorgan a la realidad de nuestro pueblo. Antes..., preparación, compromiso, esfuerzo e ilusión para que sean, si cabe, mejores que las anteriores. En Semana Santa se aúnan la religiosidad, la tradición y el buen hacer de todas las asociaciones, da como resultado unas celebraciones de las que todos nos sentimos orgullosos y que nos distinguen porque son nuestras, diferentes y únicas.

Formo parte de ese grupo de personas que participa y disfruta de la Semana Santa mirando, escuchando y sintiendo nuestras costumbres.

MIRO las procesiones y en ellas observo a las diferentes cofradías que, con sus vestimentas identificativas, dignas, inmaculadas y año tras año mejoradas, procesionan orgullosas en torno a su «Paso» engalanado para la ocasión con flores y luces que son la admiración y el reconocimiento del trabajo bien hecho.

Miro a «los romanos» que siempre dejan una estela de frescura. unas frases de ¡cómo me gustan!, ¡qué bien está esto!, y el asombro indiscutible por su capacidad de mejora.

También miro a la Banda Municipal que cierra

con solemnidad las procesiones, y desde aquí mi reconocimiento a su labor que contribuye a enaltecer todos los actos.

Pero también me gusta mirar el rostro de la gente. Gente que veo a diario por las calles del pueblo pero que, en estas fechas, noto más relajado, sonriente, debido quizás al periodo vacacional en que nos encontramos. Asimismo, veo el rostro de personas que nos visitan: andorranos ausentes, invitados ocasionales o personas curiosas de nuestras tradiciones que sin duda regresan a sus casas con una grata impresión, tanto por los acontecimientos vividos como por la buena acogida que les hemos brindado. No cabe duda de que ese hecho los convierte en embajadores de nuestra tierra en sus lugares de origen. Que siga siendo así.

ESCUCHO los redobles de nuestros tambores y bombos. ¡Qué voy a decir que no se haya dicho ya!

Sonido que se convierte en vivencia personal. Solemne. Expresión de nuestra idiosincrasia. Impresionante y siempre sorprendente. Asombrosa participación masiva. Ensayo, tesón por mejorar y muchas horas de trabajo desinteresado. Cuadrillas que lo dan todo por hacer de nuestros tambores y bombos algo único y especial que «toca la fibra». Ayudan a los que

empiezan, integran a los que quieren aprender más, y transmiten con sus toques la satisfacción de que esto continúa, de que tiene proyección y de que es un atractivo para los más jóvenes. Con su espíritu de mejora y el disfrute de que hacen gala nos contagian a todos. Que siga siendo así.

SIENTO y me emociono con el significado profundo de la Semana Santa. La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

En las celebraciones religiosas se conmemoran esos acontecimientos y son para los creyentes días de reflexión, encuentro con uno mismo y agradecimiento.

El Jueves Santo con la lectura de la Pasión... perplejidad. El beso a la Cruz... acogida. La alegría de la Resurrección... esperanza. Todo eso nos hace encontrar significado a acontecimientos que, sin llegar a comprender bien, nos llenan de paz y de fuerza para seguir adelante.

Y para acabar me hago esta reflexión: si las personas sabemos mirar, sabemos escuchar y somos capaces de sentir, es que vivimos y a fin de cuentas, eso es de lo que se trata, de VIVIR la Semana Santa.

María Teresa Laudo Alquézar

COMPÁS DE CONCORDIA



“La geografía de las emociones no contiene coordenadas ni estadísticas. Sin la memoria de los mayores, sin historias, ni narraciones, sin textos, el tejido de la realidad se deshilacha a jirones y vagabundeamos sin reconocer nuestra propia tierra. El fondo de nuestras emociones y suspiros está en nuestra memoria, pero es el corazón quien los delata”.

Yo, al igual que otros, conozco un ruido, un estruendo, una explosión extraordinaria, una sonoridad tan fuera de lo común que, a veces, inmerso en ella, parece desvanecerse, tal es su cadencia, su armonía, su continuidad; pero éste es un matiz que sinceramente creo que sólo llegamos a comprender en su total significado, los que hemos tenido la suerte de haber nacido en esta tierra, que ostenta orgullosa su peculiar idiosincrasia, la cultura del ruido hecho cadencia, del paroxismo transformado al compás de la concordia.

Cuaresma, primavera y una nueva Semana Santa despierta en Andorra, a su llamada acudimos todos los nacidos y adoptados. Donde el pueblo despierta, se pone en pie y camina encendido en sentimientos por el fervor de la tierra a la que se ama. Donde

redoblan los tambores y bombos para llegar más allá de los nombres del cielo. Donde la realidad nos golpea y los recuerdos saben a poco.

Jueves Santo

Igual que ayer, como siempre, el tiempo, nuestro tiempo,
Anegará la imprevista llegada del alba de viejas y borrosas imágenes,
Que convertirán el blanco y negro de otros días
En el gran estruendo de un ya deseado Jueves Santo,
Que desencadenarán la inminencia de otro acontecimiento,
—aquel que nos une y nos enfrenta aquí—
y serán también testigo fiel de un redoble ya olvidado.

Al igual que siempre, hoy, desnudaré mi alma
En la cicatriz de la piel que hoy no reconozco,
Y que dejó tatuado su sonido en mis entrañas,
En la batalla de rumores sonoros del viejo pasado
Que se transformarán en redobles de una mañana
—serán otras manos, otros ruidos, otros ojos—
en el alud de sentimientos enfrentados y acaso opuestos
que yo mismo decidí seleccionar entre mis recuerdos.

Como siempre, al igual que ayer, con las manos vacías,
Divagaré sobre la tasa exacta de esta verdad,
Cuyo único defecto será no reconocer el espacio
Para el corazón expectante ante su presencia,
Será el antiguo roce de una túnica raída que subsiste
Sobre la muerte que reaparece cada Semana Santa,
Será la tristeza entre el alma de otros tamborileros
Tal vez el encuentro pleno con el sonido y el redoble exacto.

Al igual que siempre, hoy, el tiempo, nuestro tiempo
Nos hallará en idéntico lugar que ayer...

Y anegaremos el ocaso con nuevas imágenes,
Y desencadenaremos, este, la otra lucha...
Aquella que nos entrelaza a nuestro amado tambor,
Y transformaremos el blanco y negro de antaño
En la esperanza atronadora de otro Jueves Santo.

Tambor

Como alborada fulgurante de luz, es escucharte...
Cuando tu anatomía de piel y tu espíritu libre de pájaro
Se estremezca en la tarde con trepidante parpadeo,
Cristalizará la espina de la nostalgia
Entrelazando ecos de hoy en experiencia pretéritas.
¡Cómo emocionan tus redobles!...
Me acarician en sobresaltos de primavera
Y tus acompañamientos
Con parches rotos de melancolía.
Cuando te escuché,
Un cierzo henchido con la dulce miel de los romeros
Latirá en sus frías alas tus vibrantes toques
Y sonará tembloroso con la indisimulada alegría de seguir vivo:
Entonces, pondré en tu melodía mi desdicha
Que se dulcificará en remanso con tu bello canto.
...Y así, tus redobles me suenan perfectos:
de amistad, de lejana infancia...
Suenan, resuenan con alborozo al viento,
Rompiendo los silencios, respirando los ecos.
Y al alba, llevar ya la madrugada desvelada
Como camino infinito, como bellas melodías
Desatando una a una las notas que se acarician,
Los sentimientos y los sueños.

“En el monte San Macario se oye un rezo singular son los bombos y tambores que no cesan de sonar”

José Ángel Aznar Galve